

Presencia del Resucitado

Luis Armando Aguilar Sahagún

El Señor resucitado quiere consolar a los suyos siempre. Jesús revela y hace cercano a Dios como Padre de todo consuelo, en medio de todo tipo de tribulación. Por ser Jesús la fuente de la vida, la ausencia de Jesús es la raíz del desánimo, la confusión y la muerte. Por ser Jesús la vida, sin Él los sarmientos son estériles.

Afirmar que Cristo es Señor, hoy y siempre, alfa y omega, significa afirmar que tiene la fuerza de lo que era inimaginable, y también, indecible. Inimaginable que un hombre venza a la muerte. Inimaginable que en un hombre Dios haya reconciliado al mundo consigo; que un hombre borre el pecado del mundo, fracture de raíz la raíz del mal; que ese hombre haya sido uno como nosotros, uno de los nuestros; que un israelita, un palestino de la casa de David, sea el Rey del Universo; que Dios se haya vaciado en Él; se haya comunicado, se haya dado a conocer y lo siga haciendo... Inimaginable que Jesús haya crecido, haya sido educado, haya tenido que aprender a ser hombre, a trabajar y a amar siendo el Verbo eterno del Padre.

Ésta es fe de los cristianos. Que Jesús no sea sólo el nombre del Salvador, sino la descripción de su misión por todos los siglos: Dios sigue salvando. Indecible, vencer al mundo con la entrega amorosa de un hombre a Dios, del Hijo al Padre, del Hijo del Hombre a todos los hombres. Indecible que su entrega sea por todos: por cada uno, en su lugar, a favor suyo. Y sin embargo, todo esto es reconocido por los ojos de la fe; los ojos sencillos de quien es alcanzado por el amor que experimenta como la santidad de Dios presente, actuante. Lo indecible, lo inimaginable, es contenido de un anuncio y mensaje por comunicar a todos los pueblos, como expansión natural del amor.

El resucitado está entre los hombres. Los creyentes quieren dar testimonio de ello, de mejor o peor manera. Los pobres reciben contentos la noticia. Los que tienen hambre y sed de justicia reconocen en Jesús la fuente de su acción, de su inspiración; los que lloran encuentran en Él su consuelo; los que sienten ya no poder con las cargas de la vida, presienten que se pueden dirigir y encontrar alivio en el hombre eterno de corazón amable, misericordioso. El resucitado es el Viviente.

Los males, los abusos, las injusticias, las enfermedades, las esclavitudes, los abandonos, son heridas en el cuerpo del Señor. Jesucristo no es menos Señor porque su cuerpo esté llagado, ni es menos glorioso porque el daño hecho al más insignificante de los hombres sea un daño que lastima su cuerpo. En la vida definitiva y como fuente de donde brota, las heridas son de una hondura insondable. De ellas mana luz, paz, consuelo, porque es el Padre quien ha levantado a Jesús del sepulcro. Es el amor divino la fuerza que recorre las piedras de los sepulcros. En el don de la paz, es su Espíritu el que entrega.

El don de la paz -shalom- se ha de decir -actualizar- en medio de todos los campos de concentración, de todas las batallas absurdas, de las rupturas y agresiones. Lo de Cristo tiene como carácter distintivo lo definitivo, lo dado de una vez por todas. En Jesús Dios quedó volcado, inserto en la historia, disponible a cada ser humano, y el hombre está presente a Dios en el gozo y en el llanto, en el triunfo y en el fracaso, en el crecer, madurar y morir. Dios es la tierra donde germina la semilla del hombre que muere.

El mundo creado, en su finitud, en su ser material-espiritual, en su carácter inacabado, necesita ser penetrado por la nueva fuerza del Resucitado: es acción creadora, generadora, fecunda. La nueva creación tiene en Jesucristo su figura y principio. Nada resiste al poder de Dios en Jesús, en su cuerpo y en todo su ser.

Los creyentes clamamos: «¡Ven, Señor, no tardes!» Al mismo tiempo, somos capaces de retardar la apertura del corazón para que eso sea realidad. La apertura de nuestra casa al forastero, la apertura de la mente a la verdad del otro y a la propia, la apertura de todo lo que encerramos ávidamente buscando garantizar nuestro torpe intento de autosalvación. La comunidad de quienes reconocemos al Señor Jesús como nuestro Dios, tiene necesidad de dirigir la mirada a Él: glorioso en sus obras, desfigurado en nosotros mismos. Los abusos, crímenes y faltas contra el hombre son Pasión de nuestro Señor, siempre vigente.

Porque en Él llegó el Reino de Dios, porque Él fue la santificación personificada, podemos, nos atrevemos a pedir al Padre que Jesús siga con nosotros, que su santa voluntad no sea contradicha por la cerrazón y el embotamiento y la rebeldía de que somos capaces.

«¡Ánimo, yo he vencido al mundo!»